

El escultor de hierro

Entre mis recuerdos infantiles están el de un sacerdote que dirigía los “Ejercicios espirituales” en el colegio. Nos explicaba, con todo lujo de detalles, que el castigo divino por haber “pecado mortalmente” era el infierno, y que devoradoras llamas de fuego quemarían nuestro cuerpo y nuestra alma hasta la eternidad. Durante algunos días no pude dormir porque la amenaza de un fuego abrasador me torturaba. Ahora, con los años, se que el infierno no está allá, sino aquí: en el fuego que arrasa bosques y viviendas, en la lava de los volcanes que asola ciudades, en el fuego infernal que emana de las guerras y de la bomba atómica, y en ese fuego que los astrónomos preconizan para el futuro lejano en donde todo desaparecerá con la explosión solar. El hombre, en su incesante búsqueda, logró hace siglos y en una escala mucho menor reproducir ese fuego infernal, lo que le permitió derretir el mineral para luego moldearlo y servirse de él a su antojo. El herrero que hoy da forma a la herradura de un caballo en el fuego de la fragua es un ejemplo de ello. Extrae el hierro ardiente y lo golpea en el yunque con el martillo, siguiendo los compases del “Martinete” flamenco, hasta forjarla y darle la forma definitiva. Luego la sumerge en el agua para enfriar el metal y darle dureza.

En esa forja artesanal y de ese yunque nacieron cuchillos, espadas y navajas, herrajes, y cañones y también obras como las que nos ofrece Xavier Mascaró. De las manos de este artista salen hermosas piezas escultóricas de hierro, herederas de una tradición que se pierde en los tiempos. Y así, de las entrañas de la tierra y del fuego, Xavier Mascaró realiza algunos de sus sueños demostrando que manipulando el hierro se pueden hacer estos Budas Guardianes.

No es una tarea fácil, porque trabajar el hierro requiere fuerza y habilidad. Para doblar el metal es necesario dominar las herramientas necesarias: prensas, guillotinas, ensamblar planchas con soldaduras y remaches, perforarlas, limarlas, pulirlas...

Xavier Mascaró es un artista singular que ha sido capaz de fundir y forjar barcos que no pueden navegar, aviones que no pueden volar, toros que no se pueden torear, caballos que no pueden galopar, objetos cotidianos que apenas se puede mover, cabezas y cuerpos que anclados a la tierra por su peso y solidez permanecerán resistiendo los embates de los huracanes. Y ahora estos Budas Guardianes, imponentes y hieráticos, con sonrisa de metal oxidado y miradores rectangulares por lo que se puede escudriñar y penetrar en su alma de hierro.

Xavier Mascaró alinea sus Budas-Guardianes, como soldados dispuestos a defender un territorio conocido: vigilantes con cabezas de múltiples

miradas, con ventanas oscuras y misteriosas que se abren al exterior, estos Budas que han perdido en el camino el voluminoso vientre carnal y la beatífica sonrisa, se han endurecido en cambio con planchas soldadas con remaches y añadidos. Sólidos Guardianes con piel de hierro que se elevan sobre sus frágiles pedestales para protegernos.

Budas-Guardianes-Replicantes de larga vida, nacidos del fuego infernal de los hornos. Hermosas esculturas de hierro que abandonados a la intemperie, como los barcos varados en las playas después del huracán, serán atacados por el óxido hasta adquirir una nueva encarnadura.

Me imagino a cientos de Budas-Guardianes, tal vez miles de ellos, todos nacidos del fuego y de la mano del escultor de hierro Xavier Macaró, que alineados en la playa y castigados por la herrumbre, pero todavía erguidos sobre sus pedestales, contemplan beatíficamente el rojizo sol del atardecer.

Carlos Saura